Una historia crítica de la psicología[1]
Nikolas Rose

¿De qué manera debería hacerse la historia de la psicología? Me gustaría proponer un enfoque concreto con respecto a este problema: una historia crítica de la relación entre lo psicológico, lo gubernamental y lo subjetivo. Una historia crítica es la que nos llama a reflexionar sobre nuestra naturaleza y nuestros límites, sobre las condiciones en las que se estableció lo que entendemos por verdad y por realidad. Una historia crítica perturba y fragmenta, pone de manifiesto la fragilidad de aquello que parece sólido, lo contingente de aquello que parece necesario, las raíces mundanas y cotidianas de aquello que reclama nobleza excepcional. Nos permite pensar en contra del presente, en el sentido de poder explorar sus horizontes y sus condiciones de posibilidad. El objetivo de una historia crítica no es imponer un juicio, sino hacerlo posible.

La psicología y sus historias

Las ciencias psicológicas —la psicología, la psiquiatría y las otras disciplinas cuyo nombre empieza con el prefijo "psi"— no carecen de conciencia histórica. Muchos gruesos volúmenes nos cuentan la larga historia de los estudios científicos sobre el funcionamiento psicológico normal y patológico. Casi todos los libros de texto de psiquiatría o de psicología parecen obligados a incluir un capítulo histórico o una reseña, por poco relacionada que esté con los temas que tratan. Esos textos nos cuentan en términos similares una y otra vez el desarrollo de las ciencias psicológicas: que tienen un pasado extenso pero una historia corta. Un pasado extenso, en el sentido de una tradición ininterrumpida de especulación acerca de la naturaleza, las vicisitudes y las patologías del alma humana, prácticamente coextensiva con el propio intelecto humano. Pero, una historia corta, en el sentido del abandono de la metafísica, la especulación o el reduccionismo médico o fisiológico, que sólo se produjo con el despliegue del "método experimental" en el siglo XIX. Resulta tentador desechar estas historias por su ingenuidad epistemológica, o ver cómo se translucen los intereses egoístas de los que escriben acerca de las ciencias de la mente. Quizás, todas esas acusaciones tengan algo de verdad. Pero esa manera de utilizar la historia no es exclusiva de las ciencias psicológicas. De hecho, cierta forma de historia es un elemento interno de la conciencia de todas las prácticas de representación e intervención a las que llamamos ciencia.

Los textos prestigiosos de historia científica desempeñan un papel decisivo en la construcción de la imagen de la realidad presente de la disciplina en cuestión, papel que se hace evidente en la importancia que esos textos tienen en la formación de todos los principiantes. A esa literatura, Georges Canguilhem la denomina "historia recurrente" (Canguilhem, 1968, 1977). Usa ese término para describir (no necesariamente de manera despectiva) la forma en que las disciplinas científicas suelen identificarse, en parte, con una determinada concepción de su pasado. Esas narraciones establecen la unidad de la ciencia construyendo una tradición ininterrumpida de pensadores que buscaban aprehender los fenómenos que componen su contenido. Es inevitable que, desde esa perspectiva, el objeto de una ciencia —la "realidad" que ella procura hacer inteligible— parezca ahistórica y asocial. Existe con antelación a los intentos de estudiarlo,

---

[1] Publicado en: Nikolas Rose, Inventing our Selves, Cambridge University Press, 1996. Capítulo 2.
Traducción: Sandra De Luca y María del Carmen Marchesi. Trabajo final de Residencia en Traducción, IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández", Buenos Aires, bajo la tutoría de la prof. Elena Marengo.

siempre existió en la misma forma, y todos esos pensadores del pasado estuvieron dando vueltas alrededor de una realidad que siguió siendo la misma. Por ende, los trabajos de esos pensadores se pueden ordenar en un relato organizado cronológicamente, que corresponde a un avance hacia el objeto. Cualquier alteración de ese avance uniforme se puede volver a integrar a la narración mediante las nociones de precursor, genio, prejuicio e influencia.

Simultáneamente, esas "historias recurrentes" establecen la modernidad de la ciencia en cuestión. Convalidan el presente por medio de su respetable tradición y lo deslindan de aquellos aspectos del pasado que puedan perturbarlo. Eso se logra llevando a cabo una división entre textos y autores sancionados y caducados, entre teorías y argumentos que coinciden con la imagen actual que la disciplina tiene de sí misma y los que son marginales y excéntricos. El pasado autorizado se ordena en una secuencia más o menos continua que llevó al presente y lo previó, una tradición virtuosa de la cual el presente es el heredero. Es un pasado de intuiciones individuales, de avances difíciles y fracasos inesperados, de influencias personales, profesionales y culturales, de obstáculos superados, experimentos decisivos, descubrimientos originales y otras cosas por el estilo. En oposición a esa historia "oficial" está la historia que ha caducado, una historia de caminos falsos, de errores e ilusiones, de prejuicios y mistificación, todos esos cul-de-sacs en los que cayó el conocimiento y que lo desviaron del camino del progreso. Todos los libros, teorías, debates y explicaciones vinculados con el pasado de un sistema de pensamiento pero incongruentes con su presente están registrados en esa historia de errores. Las "historias recurrentes" consideran que el presente es la culminación del pasado y el lugar desde el cual se pone de manifiesto su historicidad. Sin embargo, esas "historias recurrentes" son más que una "ideología": desempeñan un papel constitutivo en la mayoría de los discursos científicos porque usan el pasado para deslindar el régimen de verdad contemporáneo de una disciplina y, al hacerlo, no solamente usan la historia para vigilar el presente, sino también para moldear el futuro (el ejemplo más debatido es el de Boring, 1929). Aplicando criterios de inclusión y exclusión, dichas historias ejercen la función de gendarmes en las fronteras de la disciplina. Desempeñan su papel estableciendo una división entre lo que se puede decir y lo que no se puede decir, entre lo pensable y lo impensable, ponen en vigencia lo que Michel Foucault denominó "régimen de verdad".

Estas "historias recurrentes" de la ciencia son programáticas. Al narrar el pasado de la disciplina en cuestión buscan no sólo deslindar el presente, sino también escribir el futuro. Así, redactan su historia en el futuro anterior. Ahora bien, también quiero exhortarlos a hacer historia "en torno del presente". Pero esa "historia del presente" debe tomar la imagen actual de la disciplina como una reivindicación y como un problema a la vez: como una reivindicación en el sentido de que es necesario analizar esa imagen, no verla como mito ni reflejo del pasado, sino observar cómo opera y cuáles son las funciones que actualmente tiene dentro de la disciplina; y debe tomarla como problema, en el sentido de que no se la puede utilizar como principio para nuestra investigación del pasado. Lo que en la actualidad parece marginal, excéntrico y de dudosa reputación, al momento de ser escrito era considerado, a menudo, central, normal y respetable. Más que marginar esos textos del pasado desde el punto de vista del presente, sería mucho mejor cuestionar las certezas del presente atendiendo a esos márgenes y al proceso de su marginalización. De hecho, cuando se las analiza de ese modo, las certezas aparentes de nuestras identidades disciplinarias actuales también comienzan a disiparse. Las disciplinas no solamente tienen límites fluidos entre ellas, sino que además los lineamientos del desarrollo de la teoría, la

explicación y la experimentación casi nunca pasan por el núcleo de una disciplina en particular, sino a través de sus vínculos con otras, en forma de cuestiones que tienen más que ver con el "saber-hacer" que con el conocimiento. Semejante historia crítica del presente, debería ser un proceso que perturba, afecta y fragmenta.

Hasta la década de 1960, casi todas las historias de la psicología pertenecían al género de lo "recurrente" (situación descrita y criticada por Young en 1966). Sin embargo, en el período posterior, esa "historia recurrente" de las ciencias psicológicas fue cuestionada en varios frentes. Los sociólogos del control social y los críticos de la cultura incluyeron a la psicología en sus críticas. Una nueva historia "social" de la ciencia traspasó la división clásica entre la historia interna y la externa de la ciencia y argumentó, de diversas maneras, que el propio conocimiento científico debe ser entendido en su contexto social, político e institucional, y en términos de la organización de comunidades científicas. Además, hubo un nuevo auge de la historia académica de las psicociencias, acompañado de un análisis exhaustivo de las fuerzas biográficas e institucionales que determinaron el desarrollo de las teorías y técnicas de la psicología, las fuerzas organizacionales en acción dentro del mundo académico, las influencias políticas que actuaron en el desarrollo del conocimiento psicológico (algunas obras representativas de la nueva tendencia son Woodward y Ash, 1982; Ash y Woodward, 1987). No quiero comentar esos diversos enfoques en detalle. Sin embargo, arriesgándome a caricaturizar, podría aclarar algunas ideas con respecto al proyecto que denominé una historia crítica de la psicología, contrastándolo con esas otras perspectivas.

Las críticas sociológicas que tocaron el tema de las ciencias psicológicas buscaron revisar y oponerse a los temas del progreso, la ilustración y la neutralidad que inspiran a la historia autorizada, calificando esos trabajos de hagiografías interesadas cuyo objetivo no es ilustrarnos sobre el pasado, sino legitimar el presente. Se oponen a esas programáticas de legitimación con una política de deslegitimación. Analizan el desarrollo de las disciplinas, no tanto en términos del poder innovador del genio o del poder correctivo de la experimentación científica sino, más bien, en términos de transformaciones externas al conocimiento científico. En lo que respecta a los siglos XIX y XX, esos análisis se inclinan a dar más o menos importancia a cinco tipos diferentes de factores externos: económicos, profesionales, políticos, culturales y patriarcales. Los temas económicos vinculan el desarrollo de las ciencias psicológicas en el siglo XIX con las exigencias de la producción capitalista, la construcción y la regulación del mercado del trabajo, y la preservación de la propiedad y la autoridad de los ricos, y más recientemente, con las aventuras de dominio y saqueo colonial con las que estuvo intrínsecamente relacionado el capitalismo metropolitano desde sus comienzos. Los temas profesionales vinculan la formulación y la adopción de diferentes teorías, explicaciones y técnicas con el choque de intereses cognitivos y profesionales, a veces analizados en términos de clase, y con la extensión del poder profesional mediante la autoridad que proviene de reivindicar la disciplina como parte de la ciencia. Los temas políticos vinculan el desarrollo de las ciencias psicológicas con las transformaciones en el aparato del estado y en las instituciones de control social, tales como el hospicio y la prisión. Los temas culturales suelen ver el surgimiento de la psicología como un ejemplo de un malestar social más amplio: la decadencia de los valores espirituales y comunitarios, las relaciones modificadas de lo público y lo privado y la tiranía de la intimidad, el auge del narcisismo en los individuos y en las culturas. Los temas patriarcales vincularon el surgimiento de las psicociencias con la

domesticación femenina y el aislamiento de esposas e hijas en los confines claustrofóbicos y patógenos de la familia nuclear, característicos del siglo XIX.

Dicha historia escrita a modo de crítica plantea cuestiones significativas en cuanto a la relación entre conocimiento y sociedad, entre verdad y poder, entre psicología y subjetividad. Sin embargo, ese uso de la historia es, a menudo, tan problemático como las versiones prestigiosas a las cuales se opone. Considero necesario que una historia crítica eficaz invierta la dirección de nuestra investigación con respecto a cada uno de esos temas.

Factores económicos

Las explicaciones que invocan las exigencias económicas rara vez pueden especificar exactamente los mecanismos mediante los cuales los desarrollos económicos se tradujeron en cambios específicos en el conocimiento, excepto cuando recurren al poder explicativo poco convincente de nociones tales como legitimación (ver, por ejemplo Baritz, 1960; Ewen, 1976, 1988). En cambio, considero que podríamos arrojar más luz sobre la relación entre las vicisitudes del capitalismo y el surgimiento de las disciplinas psicológicas analizando las condiciones políticas, institucionales y conceptuales que dieron lugar a la formulación de diversas nociones de la economía, el mercado, las clases trabajadoras y el sujeto colonial. Deberíamos prestar atención a la manera en que esas condiciones problematizaron los diferentes aspectos de la existencia (el descalabro provocado por la industria, la productividad, la salud del trabajador ya sea libre o esclavo, la administración concreta de las plantaciones coloniales) desde la perspectiva de "la economía". Deberíamos analizar la forma en que esas problematizaciones plantearon cuestiones a las cuales las psicociencias pudieron brindar respuesta. También deberíamos investigar la forma en las que las psicociencias, a su vez, transformaron la naturaleza y el significado mismo de la vida económica y las concepciones de las exigencias económicas adoptadas en la actividad y en la política económica.

Factores profesionales

Se debería adoptar una inversión similar con respecto a la cuestión de los intereses. Aparentemente, los sociólogos consideraron como una cuestión simple el atribuir intereses a los individuos u agrupaciones (clases, géneros, razas) y utilizarlos como explicación de las posiciones adoptadas en las disputas cognitivas o profesionales (esto es particularmente cierto respecto de los sociólogos de la ciencia del grupo de Edimburgo: Barnes, 1974; Mackenzie, 1981). Lamentablemente, esas explicaciones caen frecuentemente en lo tautológico. Habitualmente, el interés por el tema proviene de la postura que se adopta y que luego se pretende explicar: como algunos psicólogos concibieron la idea de que la capacidad mental de las mujeres estaba relacionada con sus ciclos reproductivos, deben haber tenido interés en describirlas como inestables y, por ende, dependientes. Por lo tanto, ese interés explica por qué pensaban como lo hacían. Como alternativa, la relación entre el interés y el punto de vista se establece mirando hacia atrás: por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, los psicólogos (varones) habrían llegado a la conclusión de que había un "instinto maternal" porque, después de todo, en la década de 1950, había "necesidad" de que las mujeres dejaran de trabajar en las fábricas y volvieran al hogar (Riley analiza esos argumentos críticamente, 1983, pp. 109-49). Esas explicaciones simplemente suponen lo que se proponen explicar. En cambio, yo creo

necesario explicar la formación de los intereses mismos. Debemos abocarnos a las diversas maneras en que individuos y grupos específicos se movilizaron en torno de objetivos particulares, debemos abocarnos a las técnicas de construcción de identidades y aspiraciones colectivas. Desde esta perspectiva, las reivindicaciones respecto de cuales son los intereses y a quienes corresponden, originan alianzas, y constituyen, de hecho, los grupos, las comunidades, las fuerzas en cuestión, sean sus integrantes industriales, obreros de fábricas, mujeres burguesas o profesionales de la psicología. Por lo tanto, debemos estudiar la manera en que se forman las alianzas entre aquellos que terminan convenciéndose, de diversas maneras, de que tienen ciertos intereses y de que esos intereses son los mismos que los de los otros individuos (véase Callon, 1986; Latour, 1984, 1986a). A los intereses se llega, no se parte de ellos como explicación, y son más frágiles, más negociados y negociables, y suscitan más oposición que lo que muchos sociólogos y otros quieren creer.

Factores políticos

Las historias sociológicas de las ciencias psicológicas suelen ver al "estado" como el origen, el orquestador o el beneficiario de muchas de las prácticas sociales que se llevan a cabo en nombre de la psicología o la psiquiatría (véanse, por ejemplo, los ensayos recopilados en Cohen y Scull, 1983). Nuevamente, me gustaría poner este problema patas arriba. Es precisamente el nacimiento de esa concepción del estado la que debería ser investigada. En lugar de analizar el aumento del control del estado en el siglo XIX y las ciencias psicológicas que fueron útiles para lograrlo, deberíamos investigar la formación de una nueva forma de movilización de la autoridad política en ese período. A pesar de que el tema de la "revolución en el gobierno del siglo XIX" es familiar, no lo es tanto el papel que desempeñaron las ciencias psicológicas en el nacimiento de esta nueva forma de racionalidad gubernamental que acarrea una nueva manera de entender el estado y una nueva forma de constituir en sujeto político a la población de un territorio nacional específico (Rose y Miller, 1992; compárese con MacDonagh, 1958, 1977 y MacLeod, 1988). La disciplinarización de la psicología está constitutivamente vinculada a una transformación fundamental que viene sucediendo en la racionalidad y las tecnologías del poder político desde las últimas décadas del siglo XIX, cuando la responsabilidad de los gobernantes se plantea en términos de asegurar el bienestar y la normalidad física y mental de los ciudadanos y en términos de moldear y regular las maneras en que llevan adelante su existencia "privada"—como trabajadores, ciudadanos, padres y madres— de modo que ejerzan su privacidad y libertad de acuerdo con esas pautas de normalidad maximizada. El campo del poder codificado como estado solamente es inteligible cuando se lo ubica dentro de esta matriz más amplia de proyectos, programas y estrategias para la conducción de la conducta, elaborada y ejercida por una gran diversidad de autoridades que dan forma a los propios límites de lo político y se oponen a ellos (Foucault, 1991).

Factores culturales

Los críticos culturales solían ver el inicio de la psicología en el siglo XX como un mero síntoma de la mentalidad de una era que vio el nacimiento del individuo introspectivo, aislado y autosuficiente, para quien la verdad no es ni colectiva ni sagrada, sino personal (Rieff, 1966; Sennett, 1977; Lasch, 1979). Pero, nuevamente, la dirección de la investigación podría invertirse para hacer menos hincapié en las "mentalidades" que originaron la ética, y más hincapié en las

condiciones específicas de emergencia, articulación y transformación de los valores éticos y técnicas que hacen que ciertas prácticas culturales sean posibles. Desde esa perspectiva, la pregunta que se debe plantear en una historia crítica de la psicología tiene que ver con la manera en que, en diferentes momentos históricos y en relación con diferentes problemas y personas, las prácticas éticas recurrieron a aspectos del conocimiento psi, a los procedimientos técnicos y a las personas con autoridad cuando actuaron sobre los mecanismos de autoconducción de los individuos. En este caso, la psicología no sería vista en términos de creencias y significados culturales, sino que ocuparía un lugar dentro de una genealogía de las "tecnologías de subjetivación", o sea, las racionalidades prácticas que los seres humanos se aplicaron a sí mismos y a otros en nombre de la autodisciplina, el autodominio, la belleza, la gracia, la virtud o la felicidad.

Factores patriarcales

Quizá, la crítica histórica reciente más importante de las psicociencias haya sido escrita por feministas que buscaban dejar constancia del papel desempeñado por la psicología y la psiquiatría en la divulgación de un mito de la mujer que apoyaba un orden patriarcal y legitimaba la infantilización femenina, la reproducción de la dependencia y la subordinación de las mujeres en las relaciones domésticas, el mundo privado del hogar y la carga de la maternidad en nombre de su fragilidad, su vulnerabilidad psicológica y su naturaleza maternal (Showalter, 1987; Ussher, 1991; Badinter, 1981). Esos trabajos cumplieron un papel decisivo en el pensamiento crítico, particularmente, al analizar hasta qué punto las identidades y atributos de hombres y mujeres, que convencionalmente fueron situados del lado de lo natural, habían sido construidos en torno a una diversidad de problemas de regulación, vinculados con una variedad de supuestos culturales y prácticas para la administración del espacio (por ejemplo, el espacio público y el privado) y de la interacción (por ejemplo, la crianza de los hijos y el sexo). Sin embargo, casi siempre compartió con otras formas de crítica una lógica de explicación en términos de intereses previos y subyacentes, en este caso los de los hombres y el patriarcado. Por lo tanto, actuó en términos de una separación implícita entre las formas en que el género regula a las mujeres y la regulación de las características de los hombres. Una vez más, la tarea de una historia crítica es invertir las líneas de investigación para analizar precisamente cómo ese proceso se llevó a cabo y a través de cuáles prácticas se conformó y se diferenció el género. Es necesario encontrar la lógica explicativa de la patología que problematizó tanto la sexualidad de los hombres como la de las mujeres, pero con relación a aspectos diferentes. Es necesario analizar no solamente los sufrimientos que se generan como consecuencia de la identificación de las mujeres con el entorno doméstico y con la maternidad, sino también la construcción simultánea de los placeres y los poderes de la "mujer normal". Las mujeres mismas fueron partícipes activas de esta línea de pensamiento, a veces en alianza con los hombres, a veces en pos de rescatar y reformar a sus hermanas perdidas, "heroínas de su propia vida" casi siempre. (Gordon, 1989). Dentro del marco de una historia crítica, las prácticas divisorias organizadas en torno al género no atribuyen tan automáticamente el rol de víctimas de la historia a las mujeres y el rol de orquestadores y beneficiarios del dominio a los hombres.

No hace mucho, los historiadores de las ciencias sociales y los historiadores de la ciencia empezaron a prestar atención a la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis. Con frecuencia, critican las explicaciones sociológicas a las cuales me vengo refiriendo por considerarlas

simplistas, generalizadoras, ajenas a los detalles sutiles de los registros históricos, etc. Así, se embarcaron en un proyecto prolongado de rectificación histórica. Nadie puede poner en duda la excelencia académica de los mejores de esos trabajos, a los cuales recurrí en varias oportunidades, pero creo que corren el riesgo de no responder a lo que se proponen. Las cuestiones que la crítica abordó no eran históricas. En primer lugar, hubo planteos sociológicos que trataron, de una manera u otra, de analizar las ciencias psicológicas como corpus de creencias, instituciones y técnicas cuya naturaleza y origen podían entenderse dentro de un contexto social global. En segundo lugar, hubo planteos políticos que implicaban cuestionar esos ejercicios científicos y técnicos como sistemas de dominio, y preguntar qué formas de poder manifestaban y encarnaban. En tercer lugar, hubo planteos éticos. ¿Cómo se suponía que debíamos evaluar esas disciplinas nuevas? En parte, ese proceso tomó la forma de un análisis de la verdad y falsedad, de las credenciales científicas de la psiquiatría y la psicología, lo cual se vinculó en esas explicaciones con cuestionamientos sobre su humanidad y eficacia. También tomó la forma de una evaluación crítica de las formas de vida y los sistemas de valores con los cuales las disciplinas psicológicas habían llegado a vincularse.

Con frecuencia, las críticas fundamentaron su respuesta a esos planteos en nociones analíticas que, desde mi punto de vista, estaban mal encaminadas. No obstante, esos planteos sociológicos, políticos y éticos tienen una importancia que perdura. Sería aconsejable, pues, emprender una historia crítica de la psicología y la psiquiatría y de sus tecnologías afines tratando la existencia misma de esos campos del conocimiento y de la práctica como un problema que debe ser explicado, y estableciendo su funcionamiento respecto de un campo más amplio de sistemas de regulación social, dominio político y juicio ético. Porque, como las otras ciencias "humanas", la psicología desempeñó un papel fundamental en la creación del presente en el que nosotros, "los occidentales", hemos terminado viviendo. Abordar las relaciones entre subjetividad, psicología y sociedad desde esa perspectiva significa analizar los campos en los que la conducción del yo y de sus poderes estuvieron relacionados con la ética y la moral, con la política y la administración, y con la verdad y el conocimiento. Pues esas sociedades se constituyeron, en parte, mediante una serie de planes y procedimientos para formar, regular y administrar el yo, ineludiblemente unidos al conocimiento del yo durante los dos últimos siglos. La psicología —y, de hecho, toda disciplina vinculada con lo psicológico— desempeñó un papel muy significativo en la reorganización y ampliación de esas prácticas y técnicas que vincularon la autoridad con la subjetividad durante el siglo pasado, en particular, en los sistemas de gobierno democráticos y liberales de Europa, Estados Unidos y Australia. En mi opinión, para responder estos asuntos, no es necesario ni suficiente un programa extenso de investigación histórica. Entonces, ¿cómo debe emprenderse una historia crítica?

La construcción de lo psicológico

Hasta no hace mucho, los estudios históricos de la psicología solían actuar haciendo algunas distinciones bastante claras. Había un dominio de la "realidad" que la psicología buscaba conocer, pero que existía de diversas formas independientemente de ella: la psiquis, la conciencia, la vida mental humana, la conducta o lo que fuera. Había, por otra parte, una esfera de la "psicología" que, nuevamente, variaba según cada explicación, pero que generalmente estaba formada por los psicólogos o sus precursores, las teorías, las creencias, los libros y los artículos, los experimentos y afines. Había, además, una esfera de la "sociedad", construida como

"cultura" o como "perspectivas mundiales" o como procesos tales como la "industrialización", que actuaron como una especie de telón de fondo de esos intentos. A veces, esas historias cuestionaron las relaciones entre la psicología y la sociedad: de qué manera fenómenos "sociales" tales como la religión, el prejuicio e, incluso, dispositivos institucionales como las universidades y las profesiones afectaron el desarrollo de la psicología o influyeron sobre él. A veces, también cuestionaron de qué manera las teorías y los profesionales de la psicología habían afectado a la sociedad: cómo y cuándo, a qué fenómenos y con qué resultado habían sido "aplicadas". Pero rara vez, por no decir nunca, cuestionaron las relaciones entre el objeto de conocimiento psicológico —la vida mental del individuo humano, la subjetividad— y el conocimiento psicológico mismo.

No hace mucho, una serie de autores puso en duda esas divisiones. Según ellos, la psicología no puede ser considerada como un dominio dado, separado de algo llamado "sociedad": los procesos por los cuales se producen sus verdades son constitutivamente "sociales". Es más, el objeto de la psicología no puede ser considerado como algo dado, independiente, que preexiste al conocimiento y que es meramente "descubierto". La psicología constituye su objeto en el proceso de conocerlo. Una versión de esta línea argumentativa se conoció como "construccionismo social", y se desplegó en un vasto número de estudios en psicología (un ejemplo clásico es Gergen, 1985a; véanse también los ensayos recopilados en Gergen y Davis, 1985; Parker y Shotter, 1990; Burman, 1994; Morawski, 1988a). Generalmente, los argumentos del construccionismo social comienzan con un número explícito o implícito de proposiciones respecto del conocimiento. El conocimiento está "subdeterminado" por la experiencia, de manera que el mundo debe ser entendido en términos que son producto de la cultura. Por lo tanto, esa comprensión no depende de la naturaleza de la realidad o de la validez empírica de las proposiciones, sino de los procesos sociales. Esos procesos son variables social e históricamente y, por consiguiente, también lo es lo que se considera como conocimiento. Las formas de conocimiento están encarnadas en los intercambios lingüísticos y en otras interacciones entre los individuos. Es por eso que las características, las capacidades, los procesos, y cuestiones similares atribuidas habitualmente a los seres humanos en nuestra cultura o en otras —la niñez, el amor, el concepto del yo, los repertorios de emociones, la feminidad, la maternidad, la hostilidad, la agresión— se entienden de una manera más conveniente como resultado de esos procesos de construcción social e interaccional.

Los argumentos construccionistas en psicología se desarrollaron en varias direcciones que tienen mucho que ver con la historia de la disciplina. Para algunos, implican que el objeto mismo de la psicología es histórico. Sin duda, la psicología no puede alcanzar la universalidad en sus leyes por muchos motivos, pero fundamentalmente, porque su objeto —la psicología humana— cambia con la cultura y es cambiado a su vez por la psicología misma. No sólo porque las disposiciones humanas sean en sí mismas históricas y estén determinadas, entre otras cosas, por la incorporación de las ideas de la psicología a la práctica de la crianza de los niños, etc. También porque los lenguajes mediante los cuales los humanos se entienden entre sí y con los que, de ese modo, se construyen a sí mismos están sujetos al cambio histórico e influidos por la psicología misma (Gergen, 1985a, 1985b). Para otros, es precisamente a través de la investigación histórica que es posible analizar las detalladas y complejas negociaciones a través de las cuales ciertas técnicas de experimentación, formas de explicación y modos de argumentación fueron aceptados como definición de la disciplina de la psicología, y a través de los cuales la "materia" de la

psicología se "construye socialmente" tanto en el sentido de la construcción del conocimiento sancionado como en el sentido de la construcción de su objeto de pensamiento, el sujeto humano (Danziger, 1988, 1990; Morawski, 1988b). En un tercer enfoque, muchos argumentaron que lo que fue "socialmente construido" debería ser "deconstruido". De acuerdo con esa línea de pensamiento, la construcción social se refiere a un complejo de procesos "interpersonales, culturales, históricos y políticos" —incluida la psicología misma— que producen los objetos que estudia la psicología, tales como "el niño" o "la madre", en relación con ciertas estrategias de poder o dominio, y la deconstrucción se refiere a todo lo que va desde una forma genérica de escrutinio y crítica hasta un método analítico formal para revelar las oposiciones originarias y las omisiones sobre las que ciertas filosofías o formas de conocimiento están fundamentadas (Burman, 1994, p. 6; compárese con Sampson, 1989; Parker y Shotter, 1990).

Hay mucho para aprender de esos estudios. Sin embargo, la adquisición crítica de esas reivindicaciones respecto de la "construcción social" de la psicología y sus objetos descansa a menudo en un ataque a enemigos implícitos o explícitos: el empirismo y el positivismo. Es decir, la fuerza retórica del argumento de que "el niño", "la madre", "el yo", "la agresión" y entidades similares se construyen, depende de un antagonista que haya afirmado que ellos son "descubrimientos", que están ahí, en la realidad, aguardando que la ciencia los saque a la luz y los revele. Por supuesto, es totalmente comprensible que los psicólogos críticos de su disciplina planteen sus argumentos de esa manera, dada la forma en que cierta imagen de la ciencia, de la lógica de la investigación, experimentación, descubrimiento y validación estadística, etc. dominaron la investigación psicológica, particularmente en la tradición norteamericana durante las décadas de mediados de este siglo. Pero, quizá repetir que "x no es algo dado en la realidad, sino construido socialmente" e invocar al enemigo imaginario positivista, de hecho, puede ser ahora un obstáculo para la indagación crítica. En esferas científicas menos atormentadas por la ansiedad sobre su propio estatus y respetabilidad, los filósofos e historiadores científicos aceptaron hace tiempo que la verdad científica es una cuestión de construcción. Entonces, ¿cuál es la diferencia —de haber alguna—entre las "construcciones" en las que participó la psicología y aquellas que fueron constitutivas de otros campos del conocimiento científico?

Fenomenotécnia

Permítanme empezar con una reflexión acerca de lo que significa argumentar que el objeto de conocimiento "se construye". Los ensayos de Gaston Bachelard sobre la física cuántica, la relatividad y la geometría no euclidiana nos pueden ayudar a abordar esta cuestión (Bachelard, [1934] 1984: todas las citas que siguen a continuación provienen de págs. 12-13). Al igual que Nietzsche, para Bachelard "todo lo que es decisivo no nace sino 'a pesar de'. […] Toda verdad nueva nace a pesar de la evidencia; toda experiencia nueva se adquiere a pesar de la experiencia inmediata". Para Bachelard, eso significa que la actividad de la ciencia se ocupa de la "construcción" de nuevos campos de objetividad científica: la ciencia implica una ruptura con lo dado, con el mundo que la experiencia parece revelarnos.

En *El nuevo espíritu científico*, Bachelard argumenta que la razón científica es necesariamente una ruptura con lo empírico. Según él, la ciencia no debe ser entendida como una fenomenología, sino como "fenomenotecnología": "Lo instructivo en ella proviene de una construcción". Es decir que la ciencia no es un mero reflejo o racionalización de la experiencia. Bachelard es a la vez

descriptivo y normativo cuando dice que la ciencia supone el intento de producir en la realidad, mediante la observación y la experimentación, aquello que ya se produjo en el pensamiento. En el pensamiento científico, "la meditación sobre el objeto por parte del sujeto siempre toma la forma de proyecto […] La observación científica es siempre una observación polémica; confirma o rechaza una tesis anterior, un modelo preexistente, un protocolo de observación". La experimentación es esencialmente un proceso por el cual las teorías se materializan a través de medios técnicos porque "desde que se pasa de la observación a la experimentación, el carácter polémico del conocimiento se hace todavía más neto. Es preciso, entonces, que el fenómeno sea cernido, filtrado, depurado, colado por los instrumentos; en efecto, bien podrían ser los instrumentos los que producen los fenómenos desde el principio. Ahora bien, los instrumentos no son más que las teorías materializadas".

Entonces, para Bachelard, la realidad no debe ser entendida como algo dado primitivo: "toda revolución fructífera obligó a hacer un estudio profundo de las categorías de lo real" (Ibídem, 134). En efecto, la noción bachelardiana de los obstáculos epistemológicos y su proyecto de un "psicoanálisis" de la razón científica parten de su mandato de que la ciencia necesita ejercer una vigilancia constante contra la seducción de lo empírico, la atracción de lo dado que funciona como un impedimento para la imaginación científica. Ese imperativo revela una diferencia fundamental con los analíticos "angloamericanos" del "construccionismo". Muchos construccionistas angloamericanos contemporáneos buscan revelar el carácter constructivo del conocimiento científico para poder "deconstruirlo". Señalan las formas en que se produce la realidad científica por medio de instrumentos en los cuales están implícitas las teorías, técnicas y dispositivos de inscripción en un ataque "irónico" e incluso "demoledor" a la idea misma de la ciencia. Sin embargo, para disgusto de aquellos que proponen esas teorías, dicha crítica a la ciencia paradójicamente rescata al empirismo: se fundamenta en el mismo territorio que busca censurar. Porque sus colores radicales dependen del mantenimiento de un ideal de la verdad como aquello que estaría fundamentado en lo empírico. Sólo sobre ese principio puede fustigar todas las pretensiones de verdad que no están fundamentadas de ese modo; que están basadas en observaciones coloreadas por teorías y aparatos, en una "interpretación" que depende de supuestos, en la atribución de "procesos mentales" que van más allá de la información visible y audible en los intercambios humanos. Pero dentro de la tradición más sobria de Bachelard, señalar la naturaleza construida de la objetividad científica no es estorbar ni demoler el proyecto de la ciencia, no es "ironizar" sobre él ni "deconstruirlo", sino definirlo. En contraposición a todas las formas de empirismo, ya sea que estén fundamentadas filosóficamente o apoyadas en una valorización del conocimiento "vulgar" y la "experiencia cotidiana", para Bachelard, la realidad científica no se condice con el "pensamiento cotidiano": a su objetividad se llega y no se la "experimenta" meramente. La realidad científica contemporánea —y esto se aplica a una ciencia como la psicología tanto como a cualquier otra— es el resultado ineludible de las categorías que usamos para pensarla, de las técnicas y procedimientos que usamos para ponerla de manifiesto y de las herramientas estadísticas y modos de prueba que usamos para justificarla.

Desde esa perspectiva, argüir que los objetos que aparecen dentro de una esfera particular del conocimiento son construidos no equivale a una deslegitimación de sus pretensiones científicas. Es meramente el principio mediante el cual nos volvemos capaces de plantear cuestiones con respecto a los medios de construcción de esas nuevas esferas de objetividad y sus consecuencias. Y es aquí de donde puede derivarse una segunda enseñanza de los argumentos de Bachelard. La

construcción no es una cuestión de "discurso" o de lenguaje, es una cuestión técnica y práctica (Hacking, 1990). Esa línea de pensamiento bachelardiano es la que siguieron estudios recientes de la ciencia como técnica, como pertinente a laboratorios, aparatos, inscripciones, tablas, gráficos, experimentos, técnicas, tipos de juicios, divulgación del conocimiento a través de dispositivos institucionales como publicaciones y conferencias, como algo que tiene que ver con lo retórico y con otros procedimientos que estabilizan los hechos y las explicaciones (véase especialmente Latour, 1988). Los objetos de una ciencia —la psicología no es la excepción— adquieren existencia gracias al entramado de esos elementos en una red compleja y heterogénea, muchas de cuyas partes tienen otro origen y se estabilizan encerrándolas en otros circuitos de actividad, técnica y artefactos. Las actividades que llamamos ciencia, así como los objetos de conocimiento y sistemas de explicación y juicio que producen no son, por lo tanto, meras cuestiones de elaboración de sistemas de significación. De ahí que sea inútil buscar "deconstruirlos" revelando los procesos de los que dependen sus pretensiones de verdad: lo indecible puede estar situado en el corazón del conocimiento, pero no es ni su origen ni su sentencia de muerte.

Una tendencia construccionista en la psicología crítica se concentró en el despliegue de términos para entidades psicológicas tales como emociones, sentimientos y actitudes, entre otras, en los intercambios lingüísticos entre los actores humanos (véase, por ejemplo, Potter y Wetherell, 1984). Tales enfoques retratan a los individuos como agentes que buscan llevar adelante su vida con la ayuda de los recursos de construcción de sentido que tienen a su disposición, especialmente los del lenguaje, aunque sin duda, frecuentemente no son conscientes de cómo lo hacen ni de las convenciones y repertorios que los restringen. En esos enfoques, la construcción psicológica de la realidad se estudia mediante el análisis de conversaciones de diversos tipos —entre legos, o entre legos y profesionales—: se estudia la secuencia, el orden de turnos, las categorías de pertenencia dentro de esas transcripciones; se procura averiguar de qué manera las partes construyeron mutuamente una versión de los sucesos que implica ciertos tipos de explicación, los cuales postulan una forma específica de yo perturbado, o un yo con emociones o actitudes, subyacente a los sucesos, y luego se aduce a ese yo como explicación de tales sucesos. Esos análisis hacen hincapié en la flexibilidad de los recursos a los que los participantes recurrieron, en las características contextuales y deícticas[1] de gran parte de la conversación y en las diversas formas en que las personas se construyeron a sí mismas o fueron construidas por sus interlocutores para atribuir culpa, para excusar, para dar crédito a sus propios yoes o desacreditarlos (véase Burman y Parker, 1994). Pero las líneas de investigación aquí sugeridas implican que existen condiciones de construcción de sentido que van más allá del sujeto hablante y aquello que se dice. Esas condiciones son las que hacen posible que una persona asuma el rol de sujeto hablante, que se identifique a sí misma con el "yo" del propio discurso, el conjunto de relaciones secuenciales, de sustitución, de asociación y diferenciación que permiten que una secuencia específica de sonidos tenga sentido (véase Benveniste, 1971, particularmente el capítulo 21; ampliaré este argumento en el capítulo 8). Los discursos no son meros "sistemas de significación", sino que están plasmados en asociaciones y dispositivos técnicos complejos y prácticos que proporcionan "lugares" que los seres humanos deben ocupar si quieren tener la categoría de sujetos de una clase particular, y que inmediatamente los posicionan en ciertas relaciones mutuas y con el mundo del que hablan (Foucault, 1972a).

Los análisis enfocados desde esa perspectiva se realizan bajo los auspicios epistemológicos y metodológicos radicalmente diferentes de la tradición angloamericana. Primero, hay un cuestionamiento de la primacía de "lo que se dice" en provecho de las condiciones que hacen que ciertas formas de enunciado sean posibles e inteligibles. Como dijo Michel Foucault en otro contexto: "¿Qué importa quién está hablando? Alguien dijo […]" (Foucault, 1969). Hay, además, un cuestionamiento que podríamos denominar la "metafísica de la presencia", doctrina epistemológica que respalda el construccionismo angloamericano y que conduce al fetichismo de lo que se dice —lo audible, que parece estar inmediatamente presente en la consciencia o en la experiencia del sujeto y del analista por igual— y al menosprecio por la explicación, que va más allá la "evidencia empírica". Porque lo que está presente en forma de sonido, de afirmación, de signo, tiene sentido y es inteligible sólo en relación con un conjunto de relaciones discursivas y técnicas que están ausentes, pero que hacen que ese enunciado sea posible. De ahí que haya un cuestionamiento mayor aún del privilegio otorgado al sujeto humano en este asunto de la construcción: debe consagrarse primordialmente el análisis a las relaciones que brindan la posibilidad de actuar como un sujeto hablante de un tipo particular.

Más positivamente, esos análisis insisten en que la psicología no debe entenderse como un sistema de significación ni como un "discurso", sino como algo tecnológico. Este término debe entenderse en el mismo sentido que usé con anterioridad. Así, con tecnología quiero decir un conjunto de artes y destrezas que implica la vinculación de pensamientos, afectos, fuerzas, artefactos y técnicas que no solamente fabrican y manipulan al ser, sino que, fundamentalmente, lo ordenan, lo enmarcan, lo producen, lo hacen pensable como un cierto modo de existencia que debe abordarse de una manera específica. La psicología es tecnológica en varios sentidos. Primero, creo útil considerar el lenguaje mismo —y por ende, el lenguaje de la psicología— como constitutivo de ciertas "técnicas intelectuales", como algo que hace pensable la realidad de manera específica mediante su orden, su clasificación y segmentación y mediante el establecimiento de relaciones entre los elementos, permitiendo que la realidad se vuelva maleable para el pensamiento. El lenguaje — en este caso, las teorías, los conceptos, las entidades y las explicaciones psicológicas — constituye una especie de mecanismo intelectual que puede hacer que el mundo sea maleable para el pensamiento, pero sólo mediante ciertas descripciones. Además, la psicología, al igual que otras disciplinas, no es meramente un complejo de lenguaje, sino un conjunto de técnicas de inscripción, procedimientos para introducir aspectos del mundo en la esfera de lo pensable en forma de observaciones, gráficos, cifras, tablas, diagramas y anotaciones de varios tipos (Lynch, 1985; Latour, 1986b; véase mi debate en el capítulo 5). Todo ello "compone" los objetos del discurso psicológico haciéndolos notables de manera particular. Tercero, la psicología está intrínsecamente vinculada a las "tecnologías humanas". Forma parte de la racionalidad práctica de "ensamblamientos" que buscan actuar sobre los seres humanos para determinar su conducta en direcciones específicas; "ensamblamientos" tales como el del sistema jurídico, de la educación, de la crianza de los niños e, incluso, de la orientación espiritual. Es decir, la realidad histórica de las entidades psicológicas no emerge de una esfera prediscursiva de la naturaleza ni de mutaciones culturales en los patrones de significación, sino de la organización técnica y práctica de procedimientos para pensar, inscribir e intervenir sobre los seres humanos en los "ensamblamientos" heterogéneos del pensamiento y la acción. Entonces, ¿cómo se debe proceder con semejante investigación crítica de la construcción práctica, técnica y discursiva de las entidades psicológicas?

Regímenes de verdad

Por profunda que sea su comprensión del carácter técnico y material de la actividad científica, el modelo de Bachelard es poco riguroso cuando se trata de explicar el proceso de construcción de la objetividad psicológica. La verdad no es tan solo el resultado de la construcción, sino también del cuestionamiento. Existen batallas acerca de la verdad en las que la evidencia, los resultados, los argumentos, las experiencias de laboratorio, el estatus y muchos otros elementos se despliegan como recursos en un intento por ganar aliados y lograr que algo ingrese en el campo de lo verdadero (véase Foucault,1972a, 1972b, 1978; Latour, 1988). La verdad, entonces, siempre se instala por medio de actos de violencia. Entraña un proceso social de exclusión en el que los argumentos, la evidencia, las teorías y las convicciones son empujadas hacia los márgenes, no permitidas en el campo de "lo verdadero". Para dar un ejemplo de este proceso, basta remitirnos a las "batallas por la verdad" que caracterizaron la relación entre la psicología y el psicoanálisis en diferentes territorios nacionales: batallas acerca del estatuto de las teorías, los resultados, los descubrimientos y los profesionales que ejercían la disciplina. Estas batallas acerca de la verdad no son abstractas ya que la verdad se encarna en las formas materiales. Para ser parte de lo verdadero, los hechos y los argumentos deben ser admitidos en complejos aparatos de verdad (por ejemplo, publicaciones académicas, conferencias, etcétera) que imponen sus propias normas y estándares a la retórica de la verdad. La verdad entraña una práctica de alianzas y de persuasión, tanto dentro como fuera de cualquier régimen disciplinario, proceso en el cual se puede conseguir un auditorio para la verdad. También entraña un modo de existencia humana dentro del cual esa verdad pueda ser factible y operativa.

Desde esta perspectiva, podemos explorar las condiciones particulares que permitieron el ingreso de los argumentos psicológicos en el campo de "lo verdadero". La noción de "traducción", desarrollada en la investigación de Bruno Latour y Michel Callon, es útil para comprender estos procesos: "Por traducción entendemos todas las negociaciones, intrigas, cálculos, actos de persuasión y de violencia, por medio de los cuales un actor o fuerza adquiere, o logra que se le confiera autoridad para hablar o actuar en nombre de otro actor o fuerza: 'Tenemos los mismos intereses', 'Haz lo que yo quiero', 'No lo lograrás sin mí'" (Callon y Latour, 1981, pág. 279). Callon y Latour sugieren que, a través de tales procesos de traducción, entidades y agentes muy diversos (investigadores de laboratorio, profesores universitarios, profesionales y autoridades sociales) llegan a vincularse (Callon, 1986; Latour, 1986b). Actores que se encuentran en escenarios separados en el tiempo y el espacio conforman una red, al punto que llegan a comprender su situación con arreglo a cierto lenguaje y cierta lógica, y a interpretar sus metas y su destino como algo, en cierto modo, inextricable.

Comprender la "construcción de lo psicológico", por cierto, requiere una investigación de las maneras en que se formaron las redes que operaban dentro de cierto régimen "psicológico" de verdad. Sin embargo, considero que Callon y Latour simplifican excesivamente este proceso, ya que sugieren que las redes siempre se establecen a partir de una "voluntad de poder" por parte de actores individuales o colectivos, y que implican un ejercicio de "dominación" llevado a cabo por centros particulares (véase Latour, 1984). Pero estas "batallas por la verdad" no son "juegos de suma cero" en los que lo que pierde una parte, lo gana la otra. Más precisamente, a través de una serie de seducciones, asociaciones, problematizaciones y maquinaciones, ciertas formas de pensamiento y acción se propagan porque se presentan como soluciones a los problemas y a las

decisiones que encaran los actores en diversos escenarios (véase Miller y Rose, 1994). Sin embargo, Callon y Latour están en lo cierto cuando rechazan las explicaciones de tales procesos planteadas en términos de la noción insípida de "difusión de ideas" o de la noción cínica de la satisfacción de "intereses sociales". El estudio minucioso de la relación entre el avance de la psicología en estos terrenos prácticos y la psicología de laboratorio, llevado a cabo por Kurt Danziger, ilustra claramente algunos de los procesos políticos y retóricos por medio de los cuales se formaron tales alianzas, y también sus consecuencias en cuanto a lo que se considera conocimiento psicológico válido (Danziger 1990). Hay un trabajo político y retórico en la construcción de una "traducibilidad" entre el laboratorio, el libro de texto, el manual, el curso académico, la asociación de profesionales, la sala de un tribunal, la fábrica, la familia, el batallón, etcétera: los diferentes loci para la elaboración, utilización y justificación de afirmaciones psicológicas (véanse los ensayos recopilados en Morawski, 1988a).

En el caso de la psicología, distinguimos diferentes tácticas a través de las cuales la traducción se llevó a cabo, estabilizando el pensamiento psicológico y creando un territorio psicológico simultáneamente. Primero, este proceso implicó persuasión, negociación y pugna entre autoridades sociales y conceptuales, con todos los cálculos y balances que se podrían esperar. Segundo, implicó la creación de un modo de percepción en el que ciertas entidades y eventos llegan a visualizarse conforme a imágenes o patrones específicos. Tercero, se caracterizó por la utilización de un lenguaje en el que los problemas se articulan en ciertos términos, se explican según determinados objetivos, retórica, y metas, conforme a un vocabulario y una gramática determinada. Cuarto, la inscripción de agentes en una red "psicologizada" implica establecer conexiones entre problema y solución: enlaces entre la naturaleza, el carácter y las causas de los problemas que se les plantean a diferentes individuos y grupos (médicos y docentes, industriales y políticos) y ciertas cosas que podrían considerarse soluciones reales o potenciales para tales problemas.

Consideremos, por ejemplo, el crecimiento del lenguaje y las estrategias de la inteligencia durante los primeros años del siglo XX, o el crecimiento de la higiene mental en las décadas de 1920 y 1930 (ambos tratados en Rose, 1985a). Lo que se observa en ambos casos es la creación de relaciones móviles y tixotrópicas entre diferentes agentes (psicólogos académicos, profesionales tales como docentes y médicos, políticos, organizaciones y grupos de presión política, industriales, individuos de buena voluntad), relaciones por medio de las cuales procuran potenciar su capacidad de acción y persuasión mediante la "traducción" de los recursos que les proporciona la relación para que redunden en beneficio propio. La adopción de definiciones para los problemas y de vocabularios explicativos comunes permiten establecer vínculos laxos y flexibles entre quienes se encuentran separados espacial y temporalmente, y entre sucesos que pertenecen a esferas que siguen siendo distintas y autónomas formalmente. Estas alianzas entre investigadores y profesionales que ejercen la disciplina, los productores y los consumidores de conocimiento psicológico, tan esenciales para su construcción, le confieren un carácter especial al proceso de construcción de lo que se considerará conocimiento psicológico.

Disciplinarización

Desde mediados del siglo XIX en adelante, la "disciplinarización" de la psicología estuvo inextricablemente ligada a la posibilidad de construir tales alianzas. Sin embargo, lo que se

observa en el proceso de disciplinarización de la psicología es, en realidad, bastante específico: las condiciones para lograr una estabilización disciplinaria de este tipo se basaron en la elaboración de una gran variedad de técnicas y prácticas para disciplinar, vigilar y formar a las poblaciones y a los seres humanos que las conforman (Gordon 1980, pág. 239). Estas alianzas hicieron posible el conocimiento positivo del "hombre". El "hombre" se convirtió, por así decirlo, en un punto de referencia imaginario: el universo dentro del cual se delinearon todas las clasificaciones y categorizaciones de edad, raza, sexo, inteligencia, carácter y patología. Las condiciones en que surgió ese conocimiento positivo lo moldearon en ciertos aspectos muy significativos, tratados en otros capítulos de este libro. Ahora quisiera referirme a otros temas.

Primero, quizás, podríamos precisar cómo ciertas normas y valores de naturaleza técnica llegaron a definir la topografía de la verdad psicológica. En este sentido, las técnicas más significativas fueron la estadística y la experimentación. El papel constitutivo de las "herramientas" y de los "métodos" para establecer un régimen psicológico de verdad nos obliga a revisar el esquema de Bachelard sobre la relación entre pensamiento y técnica. El papel de los medios técnicos existentes para materializar la teoría no fue secundario sino determinante en el proceso de construcción de la verdad psicológica. Las formas técnicas e instrumentales que la psicología adoptó para demostrar y justificar las proposiciones teóricas llegaron a delimitar el propio espacio del pensamiento psicológico y a darle forma. Durante los cincuenta años que siguieron a la aparición de los primeros laboratorios de psicología experimental, de las primeras revistas y sociedades científicas, hacia fines del siglo diecinueve, el proyecto de disciplinarización de la psicología se llevó a cabo, en gran medida, a través de un proceso que obligó a la psicología a abandonar las formas de justificación utilizadas anteriormente y a adoptar "técnicas de verdad" ya establecidas en otros campos del conocimiento positivo.

Las dos principales técnicas de verdad fueron la "estadística" y la "experimentación" (Rose, 1985a, cap. 5; Danziger, 1990; Gigerenzer, 1991). Ambas técnicas no sólo ilustran las alianzas entre la psicología y otras disciplinas científicas, sino también la interacción recíproca entre lo teórico y lo técnico. La estadística, por supuesto, se originó como "ciencia del Estado", como un intento por reunir información cuantitativa concerniente a hechos y sucesos que tenían lugar en un campo determinado con el objeto de conocerlos y gobernarlos: inicio de una relación duradera entre el conocimiento y el gobierno. Ian Hacking argumentó de manera muy convincente que, durante el siglo XIX, la suposición de que las leyes de la estadística eran tan solo la expresión de sucesos deterministas subyacentes fue reemplazada por la idea de que las leyes de la estadística (las leyes de los grandes números formuladas por Poisson y Quêtelet en las décadas de 1830 y 1840) eran leyes por derecho propio, que podían extenderse a los fenómenos naturales (Hacking, 1990). Así se construyó una lógica para fundamentar la pretensión de que, por debajo de la variabilidad aparentemente desordenada de los fenómenos, había regularidad.

Durante los primeros treinta años del proyecto disciplinario de la psicología, aproximadamente desde la década de 1870 hasta los primeros años del siglo veinte, los programas para estabilizar las verdades psicológicas fueron de la mano de la construcción de las herramientas técnicas necesarias para demostrarlas. En la obra de Francis Galton, Karl Pearson y Charles Spearman, entre otros, la relación entre lo teórico y lo estadístico era interna, desde la noción de "distribución normal" hasta las herramientas para calcular correlaciones. La estadística era, al mismo tiempo, el instrumento que materializaba la teoría y el que generaba los fenómenos que la

teoría debía explicar. Las técnicas de la estadística comenzaron siendo una condensación de lo empírico y luego se reestructuraron de forma tal que se convirtieron en una materialización de lo teórico. Sin embargo, dentro de un lapso sorprendentemente corto, se alejaron de la lógica que les daba fundamento: ya en la década de 1920, las leyes de la estadística parecían tener una existencia autónoma, a la que se accedía por medio de meras herramientas estadísticas. Los tests estadísticos aparecían como un medio esencialmente neutro para demostrar la verdad proveniente de un universo de fenómenos numéricos, universo que, por no estar contaminado por los asuntos sociales ni humanos, podía utilizarse para arbitrar entre diferentes explicaciones de dichos asuntos. No solo la psicología, sino también las demás "ciencias sociales" intentarían utilizar tales herramientas para establecer su veracidad y cientificidad, para forzar su ingreso en el canon de la verdad, para convencer de su carácter verídico a los a veces escépticos auditorios de políticos, profesionales y académicos, para armar a los que esgrimían esas herramientas contra las críticas que sostenían que ellos tan solo vestían al prejuicio y a la especulación con las ropas de la ciencia. A partir de ese momento, los medios de justificación comienzan a dar forma a lo que puede justificarse a través de ciertas vías: las normas y los valores de la estadística se incorporan a la propia textura de las concepciones de la realidad psicológica (véase Gigerenzer, 1991).

La psicología también habría de adoptar la "experimentación" como medio para disciplinarse, para reunir a los diferentes grupos de profesionales, editores de revistas científicas, organismos de financiación, colegas universitarios y autoridades universitarias a fin de formar las alianzas necesarias para forzar el ingreso de la disciplina en el aparato de la verdad. El interminable debate acerca de la relación entre las "ciencias" psicológicas y las "ciencias naturales" se comprende mejor si se lo saca del campo de la filosofía y se lo reubica en un entorno técnico (este concepto se fundamenta en la obra de Danziger, 1990). En procura de establecer su credibilidad entre aliados escépticos pero necesarios, durante las primeras décadas del siglo XX, los psicólogos británicos y norteamericanos abandonaron sus intentos por generar un método de investigación que respondiera a una concepción del sujeto humano de investigación como participante activo en el proceso de generación y validación de hechos psicológicos. El "método experimental" no se consagró en la psicología simplemente a través del intento por simular un modelo de producción y evaluación de evidencia derivado de imágenes (ingenuas) de los laboratorios de física y química, sino que también surgió a raíz de una serie de medidas prácticas para generar y estabilizar datos de manera calculable, repetible y estable. Entre tales medidas se encuentran la creación de laboratorios de psicología como espacio ideal para la producción, intensificación y manipulación de fenómenos psicológicos, la separación entre el experimentador dotado de capacidades técnicas, y el sujeto, cuya función era tan sólo la de proporcionar una fuente de datos, el intento por generar evidencia en forma de inscripciones que pudieran compararse y calcularse, etcétera. Cuando el emergente aparato disciplinario comenzó a institucionalizar y controlar una forma determinada de experimentación psicológica, las características sociales de la situación experimental se naturalizaron. Las normas del programa experimental se habían fusionado, por así decirlo, con la propia disciplina psicológica y, en ese proceso, el objeto mismo de la psicología quedó disciplinado, se volvió "dócil"; internalizó los medios técnicos para conocerlo en la forma misma en que se lo podía pensar (Rose, 1990, cap. 12; véase Lynch, 1985). Aquí las verdades psicológicas no eran simples materializaciones de la teoría, de hecho, lo contrario quizás se acerque más a la verdad. La disciplinarización de la psicología como ciencia positiva implicó la incorporación de las formas técnicas de la positividad al objeto mismo de la psicología: el sujeto psicológico.

Psicologización

La "disciplinarización" de la psicología estuvo intrínsecamente ligada a la "psicologización" de una serie de espacios y prácticas diferentes en las que la psicología llegó a impregnar, e incluso a dominar, otras maneras de formar, organizar, diseminar e implementar verdades acerca de las personas. Los requerimientos de administración y regulación de un grupo real o potencial de autoridades sociales y de profesionales que ejercían la disciplina desempeñaron un papel fundamental en la determinación de los tipos de problemas que las verdades psicológicas alegan resolver y de los tipos de posibilidades que las verdades psicológicas alegan abrir. No había un solo proceso: a fin de escribir la genealogía de la psicología contemporánea, deberíamos estudiar en detalle los distintos espacios que se psicologizaron ¾las fábricas, las salas de los tribunales, las cárceles, las aulas, los dormitorios, la administración colonial, los espacios urbanos¾ y las diferentes imágenes y tecnologías de los sujetos humanos que se establecieron y se utilizaron dentro de tales espacios (yo mismo toco este tema en Rose, 1990). Pues el proceso de psicologización no implica que se haya adoptado o impuesto en forma totalitaria un único modelo de persona: de hecho, el famoso carácter "no paradigmático" de la psicología garantiza una especie de cuestionamiento sin fin acerca de las características del ser persona. Consideremos, por ejemplo, las diferencias que se dieron durante el siglo XIX en la caracterización psicológica del género en las aulas, de la raza en relación con la herencia de la inteligencia, de la criminalidad en los tribunales que intervenían en casos de adultos y niños, de la reputación en relación con el tratamiento jurídico de las calumnias e injurias, etcétera. Esta variabilidad en las maneras psicológicas de "componer" a las personas es un factor clave del amplio poder de la psicología, ya que permite a la disciplina unir diferentes espacios, problemas y preocupaciones. La realidad social de la psicología no es una especie de "paradigma" incorpóreo aunque coherente, sino una red compleja y heterogénea de agentes, espacios, prácticas y técnicas para la producción, diseminación, legitimación y utilización de verdades psicológicas.

Por consiguiente, la producción de los "efectos de verdad" psicológicos está intrínsecamente relacionada con el proceso mediante el cual una serie de campos, espacios, problemas, prácticas y actividades "se volvieron psicológicos". "Se vuelven psicológicos" en el sentido de que se problematizan, es decir, se vuelven perturbadores e inteligibles a la vez en términos impregnados de psicología. No es que educar a un niño, reformar a un delincuente, curar a un histérico, criar a un bebé, administrar un ejército o dirigir una fábrica entrañe la utilización de teorías y técnicas psicológicas, sino que existe una relación constitutiva entre el carácter de lo que se considerará una teoría o argumento psicológico admisible y los procesos por medio de los cuales se puede acordar una suerte de visibilidad psicológica a los dominios anteriormente nombrados. La conducta de las personas se vuelve notable e inteligible cuando, proyectada sobre una pantalla psicológica, por así decirlo, la realidad se ordena según una taxonomía psicológica, y las habilidades, personalidades, actitudes, etcétera se convierten en un tema central de las deliberaciones y los cálculos, tanto de las autoridades sociales como de los teóricos de la psicología.

Epistemología institucional

Michel Foucault comenta en alguna parte que los conocimientos "psi" tienen un "bajo perfil epistemológico". Las fronteras entre aquello que las disciplinas "psi" organizan en forma de

conocimiento positivo y un universo más amplio de imágenes, explicaciones, significados y creencias acerca de las personas son realmente más "permeables" en el caso de los conocimientos "psi" que, por ejemplo, en el caso de la física atómica o de la biología molecular. Pero no deberíamos plantear esta cuestión de la permeabilidad meramente en términos de la historia de las ideas, en la que se observa que los discursos científicos comparten, en cierta medida, metáforas o nociones fundamentales muy difundidas en la sociedad. Preferiría analizar dicha relación en un nivel más modesto y más técnico. Es decir que, en el caso de los conocimientos "psi", existe una interpenetración de la practicabilidad y la epistemología. Aunque ya hemos analizado algunas de estas relaciones, podemos investigar de otra manera la constitución "práctica" de la epistemología psicológica. Bachelard sostiene que el pensamiento científico no opera sobre el mundo tal cual lo encuentra: la producción de la verdad es un proceso activo de intervención en el mundo. Pero hay algo característico sobre las condiciones que hicieron posible la producción de las verdades psicológicas. La epistemología psicológica es, en muchos sentidos, una epistemología institucional (véase Gordon, 1980): las reglas mismas que determinan lo que puede considerarse conocimiento están estructuradas por las relaciones institucionales en las cuales cobraron forma.

Michel Foucault utilizó la noción de superficies de emergencia para estudiar los aparatos dentro de los cuales se condensaron los espacios de dificultades o problemas que más tarde habrían de racionalizarse, codificarse y teorizarse en términos tales como enfermedad, alienación, demencia, neurosis (1972a). Tales aparatos, como por ejemplo, la familia, la situación laboral, la comunidad religiosa, tienen ciertas características: son normativos y, por lo tanto, sensibles a la desviación; constituyen el eje de la actividad de las autoridades –como la profesión medica- que escudriñarán los sucesos que tienen lugar en su seno y arbitrarán entre ellos; y son el locus para la aplicación de ciertas grillas especificativas para dividir, clasificar, agrupar y reagrupar los fenómenos que aparecen en su interior.

En lo concerniente a la psicología, dentro de la cárcel, la sala del tribunal, la fábrica, el aula (espacios institucionales que reunían a las personas y las juzgaban en términos de exigencias organizacionales tales como la puntualidad y la obediencia), se formaron los objetos que la psicología buscaría hacer inteligibles (Foucault, 1977; Rose, 1985a; véase Smith, 1992). La psicología se disciplinó a través de la codificación de las vicisitudes de la conducta individual a medida que éstas aparecían dentro de los aparatos de regulación, administración, castigo y cura, cuando adquirieron su forma moderna durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Dentro de tales aparatos, la psicología se alinearía con los sistemas de visibilidad institucionales. Es decir que fue la normatividad del mismo aparato (las normas y los estándares de la institución, sus límites y umbrales de tolerancia, sus reglas y sistemas de juicio) lo que confirió visibilidad a ciertas características e iluminó la topografía de los dominios que la psicología intentaría hacer inteligibles. La verosimilitud de las concepciones psicológicas de la inteligencia, la personalidad, las actitudes, etcétera, se establecería sólo en la medida en que esas concepciones fueran practicables y pudieran retraducirse a las exigencias disciplinarias del aparato y sus autoridades. Por lo tanto, para retomar a Bachelard, la reflexión del psicólogo acerca de su objeto científico no tomó la forma de una intervención polémica en la realidad para concretar una tesis científica, sino que se caracterizó por una serie de intentos por racionalizar un terreno de experiencia preexistente y hacerlo comprensible y calculable (véase cap. 4 de este volumen).

Sin embargo, hacer que un espacio de problemas preexistente se vuelva comprensible y calculable en términos psicológicos modifica su estado original. Las maneras psicológicas de ver, pensar, calcular y actuar tienen una potencia especial porque transforman tales espacios de problemas y simplifican de alguna manera la gama de actividades que realizan las autoridades cuando se ocupan de la conducción de la conducta Si consideramos, por ejemplo, la transformación que sufrió el "trabajo social" en las décadas de 1950 y 1960, o la aparición de enfoques "centrados en la persona" en la medicina general en las décadas de 1960 y 1970, podemos ver cómo la psicología, al "racionalizar" la práctica de otros "especialistas", simplifica sus diversas tareas presentándolos como si todos se ocuparan de diferentes aspectos del ser persona del cliente o paciente. La psicología no sólo ofrece a estas autoridades una plétora de dispositivos y técnicas nuevas para la asignación de tareas a las personas, para la planificación de los detalles técnicos de una institución, para su organización arquitectónica, horaria y espacial, para la organización de grupos de trabajo, la asignación de jerarquías y funciones de liderazgo, sino que también confiere coherencia y lógica a estas actividades mundanas y heterogéneas, las ubica dentro de un único campo de explicación y deliberación: ya no son ad hoc, sino que pretenden estar fundamentadas en un conocimiento positivo de la persona. En ese proceso, se transforma la propia noción de autoridad, y también la del poder conferido a quien la ejerce.

Por lo tanto, el poder de la psicología provino inicialmente de su capacidad para organizar, simplificar y racionalizar terrenos de la individualidad y de la diferencia humana que surgieron en el transcurso de proyectos institucionales de cura, reforma, castigo, administración, pedagogía, etcétera; pero, al simplificarlos, los transforma en aspectos fundamentales.

La tekné de la psicología

Supongamos que no consideramos a la psicología como un mero cuerpo de pensamiento, sino como cierta forma de vida, un modo de proceder o de actuar sobre el mundo. Entonces, podríamos tratar de identificar lo que podría denominarse la tekné de la psicología: sus características distintivas como técnica, arte, práctica y conjunto de dispositivos. Yo trato este concepto en mayor detalle más adelante (véase cap. 4). Ahora, me gustaría destacar sólo tres aspectos de esta tekné, tres dimensiones de las relaciones entre la psicología, el poder y la subjetividad: primero, una transformación de la lógica y los programas de gobierno; segundo, una transformación de la legitimidad de la autoridad; y, tercero, una transformación de la ética.

Gobierno

Cuando hablo de gobierno no me refiero a un conjunto concreto de instituciones políticas, sino a cierto modo de pensar acerca del poder político y de intentar ejercerlo: el territorio delimitado por el sinnúmero de esquemas, sueños, cálculos y estrategias para la "conducción de la conducta" que proliferaron durante los dos últimos siglos (Foucault, 1991). En el transcurso del siglo XX, las normas, los valores, las imágenes y las técnicas psicológicas llegaron a moldear cada vez más la manera en que las diversas autoridades sociales piensan acerca de las personas, sus defectos y sus virtudes, su estado de salud y enfermedad, su normalidad y su patología. Se incorporaron objetivos construidos en términos psicológicos (normalidad, adaptación, realización) a los programas, sueños y esquemas para regular la conducta humana. La administración de las personas tomó un tinte psicológico desde lo "macro" (los aparatos de bienestar, de seguridad y de

reglamentación laboral) hasta lo "micro" (el lugar de trabajo, la familia, la escuela, el ejército, la sala de un tribunal, la cárcel o el hospital). La psicología quedó incorporada a las técnicas y a los dispositivos creados para gobernar la conducta, y ha sido utilizada no sólo por los mismos psicólogos, sino también por los médicos, los sacerdotes, los filántropos, los arquitectos y los maestros. Es decir que las estrategias, los programas, las técnicas y los dispositivos, así como las reflexiones sobre la administración de la conducta que Michel Foucault denomina gubernamentalidad o, simplemente gobierno, se "psicologizaron" cada vez más. El ejercicio de las formas modernas de poder político ha quedado vinculado intrínsecamente a un conocimiento de la subjetividad humana.

Autoridad

La psicología estuvo estrechamente ligada a una transformación de la naturaleza de la autoridad social que tiene una importancia fundamental para los tipos de sociedad en las que vivimos, en "Occidente". En primer lugar, por supuesto, la misma psicología generó una serie de nuevas autoridades sociales cuyo campo de operación es la conducción de la conducta, la administración de la subjetividad. Estas nuevas autoridades como, por ejemplo, los psicólogos clínicos, educacionales e industriales, los psicoterapeutas y los consejeros alegan tener poder y estatus social porque poseen verdades psicológicas y dominan técnicas psicológicas. En segundo lugar, y tal vez más importante, la psicología estuvo estrechamente ligada a la constitución de una serie de objetos y problemas nuevos sobre los que se puede ejercer legítimamente la autoridad social; y tal legitimidad se funda en creencias sobre el conocimiento, la objetividad y la cientificidad. En este sentido, es notable el hecho de que surgieran las ideas de normalidad como producto mismo de la administración tutelada por expertos, y de riesgo como peligro in potentia que habría de ser diagnosticado por los expertos y administrado profilácticamente en nombre de la seguridad social (véase Castel, 1991).

En tercer lugar, la impregnación de los sistemas de autoridad preexistentes por parte de la psicología (el del comandante en el ejército, la maestra en la escuela, el gerente en la fábrica, el enfermero en el hospital psiquiátrico, el juez en la sala del tribunal, el guardia penitenciario en la cárcel) los transformó. Estas formas de autoridad adquieren una especie de fundamento ético al impregnarse de la terminología y las técnicas atribuibles a la psicología (aunque de manera discutible e hipócrita). Es decir que la autoridad se vuelve ética en la medida en que se la ejerce a la luz de un conocimiento de quienes son sus sujetos; y, a la vez, se transforma la naturaleza del ejercicio de la autoridad, que ya no es tanto una cuestión de ordenar, controlar y exigir obediencia y lealtad, sino de mejorar la capacidad de los individuos para ejercer autoridad sobre ellos mismos: mejorar la capacidad de los alumnos, los empleados, los prisioneros o los soldados para comprender sus propias acciones y regular su propia conducta. En este sentido, el ejercicio de la autoridad se convierte en una cuestión terapéutica: la forma más poderosa de actuar sobre las acciones de los otros es cambiar la forma en que se gobernarán a sí mismos.

Ética

La historia, la sociología y la antropología de la subjetividad han sido estudiadas de muchas maneras diferentes. Algunos autores, particularmente Norbert Elias, trataron de relacionar estructuras políticas y sociales cambiantes y códigos de conducta personal cambiantes con

cambios producidos en la organización psicológica interna concreta de los sujetos (Elias, 1978). Otros procuraron evitar el atribuir cualquier tipo de vida interior a los seres humanos, tratando las prácticas lingüísticas y representacionales simplemente como repertorios de relatos que proporcionan los recursos por medio de los cuales los sujetos dan sentido a sus propias acciones y a las de los demás (Harré, 1983). Yo abordo este tema desde una perspectiva algo diferente: los discursos, las técnicas y las normas cambiantes que intentaron actuar sobre los detalles de la conducta, el comportamiento y la subjetividad humanas (no sólo los modales sino también los deseos y los valores) se ubican en el campo de la ética.

Un estudio de la tekné de la psicología según esta dimensión ética no se aboca a la "moral" en el sentido de Durkheim de un campo de valores ni a la consiguiente forma de generar integración y solidaridad social, sino que investiga las formas en que la psicología quedó vinculada estrechamente con las prácticas y los criterios para la "conducción de la conducta" (Foucault, 1988). Durante muchos siglos, los manuales sobre los modales, los libros de guía y orientación, las prácticas pedagógicas y reformatorias trataron de educar, dar forma y encauzar la economía emocional e instintiva de los seres humanos inculcándoles cierta conciencia ética. Pero durante los últimos cincuenta años, los lenguajes, las técnicas y el personal de la psicología afectaron y transformaron el modo en que se instó e incitó a los seres humanos a convertirse en seres éticos: seres que se definen y se regulan según un código moral, que establecen preceptos para conducir y juzgar su vida, y que aceptan o rechazan ciertas metas morales para sí mismos.

Desde esta perspectiva, la relación de la psicología con el yo no debería construirse en términos de una oposición entre descoloridas concepciones psicológicas de la persona y el ser persona real, concreto y creativo. Este fue el tema de muchas críticas a la psicología de la inteligencia, la personalidad y la adaptación en la década de 1960, y lo sigue siendo en las nuevas psicologías "humanistas". Es más instructivo estudiar de qué modo participó la psicología en la construcción de diversos repertorios para hablar sobre personas que se destacan en algún aspecto y en relación con diferentes problemas, y que guardan una relación particular con los tipos de yo que se presuponen en las prácticas contemporáneas de administración de los individuos, repertorios que también intervienen para evaluarlas y actuar sobre ellas (Rose, 1992a).

Por un lado, la persona quedó abierta, de distintas maneras, a las intervenciones conducidas en nombre de la subjetividad: el sujeto calculable, provisto de características relativamente estables, definibles, cuantificables, lineales y con distribución normal (los dominios de la inteligencia, la personalidad, la aptitud, etcétera); el sujeto motivado, dotado de una dinámica orientación interna hacia el mundo, con necesidades por modelar y satisfacer; el sujeto social, que busca solidaridad, seguridad y un sentimiento de valor; el sujeto cognitivo, en busca del sentido, guiado a través del mundo por las creencias y las actitudes; el sujeto psicodinámico, impulsado por fuerzas y conflictos inconscientes; el sujeto creativo, que lucha por alcanzar la autonomía a través de la realización y la elección, y le da significado a su existencia por medio del ejercicio de su libertad. En las sociedades democráticas liberales, la concepción y las normas de la subjetividad son pluralistas. Pero la condición de posibilidad para cada versión de sujeto contemporáneo es el nacimiento de la persona como un yo psicológico, la apertura de un espacio de objetividad ubicado en un orden "moral" interno, entre la fisiología y la conducta: una zona interior con sus propias leyes y procesos que constituye un campo posible para un conocimiento positivo y una técnica racional.

Por otro lado, distintos fragmentos y componentes de las disciplinas "psi" se incorporaron al repertorio "ético" de los individuos, al lenguaje que los individuos utilizan para hablar de ellos mismos y de su propia conducta, para juzgar y evaluar su existencia, para dar significado a su vida y para actuar sobre sí mismos; hecho que transforma aquello que denomino, siguiendo a Foucault, nuestra "relación con nosotros mismos": la manera en que hacemos inteligibles y practicables nuestro ser y nuestra existencia, nuestro modo de pensar acerca de nuestras pasiones y aspiraciones, y nuestra manera de expresarlas, nuestra forma de identificar y codificar nuestras desafecciones y nuestros límites, y de responder a ellos.

Conclusión: La construcción de lo psicológico

Desde esta perspectiva, la psicología es más importante por lo que hace que por lo que es. Es decir que la psicología alteró la manera en la que es posible pensar acerca de las personas, las leyes y los valores que gobiernan las acciones y la conducta de los demás y, de hecho, las de nosotros mismos. Aún más, la psicología revistió de una mayor credibilidad a algunas formas de pensar acerca de las personas debido a que aparentemente se funda en el conocimiento positivo. Haciendo pensable al sujeto humano con arreglo a diferentes lógicas y fórmulas y sentando la posibilidad de evaluar con medios científicos las formas de pensar acerca de las personas, la psicología también torna a los seres humanos más dóciles, más dispuestos a que otros les hagan ciertas cosas y también les permite hacerse cosas nuevas a sí mismos. La psicología abre a las personas a una serie de intervenciones calculadas cuyos fines se formulan en términos de disposiciones y de cualidades psicológicas, las cuales determinan la forma en que los individuos se conducen a sí mismos, intervenciones cuyos medios se ajustan ineludiblemente a la luz del conocimiento psicológico sobre la naturaleza de los seres humanos.

La meta de una historia crítica de la psicología sería hacer visibles las relaciones profundamente ambiguas entre la ética de la subjetividad, las verdades de la psicología y el ejercicio del poder. Una historia crítica de este tipo abriría un espacio en el que podríamos volver a pensar los vínculos constitutivos entre la psicología (como forma de conocimiento, tipo de pericia y terreno de la ética) y los dilemas del gobierno de la subjetividad que enfrentan hoy las democracias liberales.

Bibliografía:

* Ash. M . and Woodward. W. eds (1987). Psychology in Twentieth-Century Thought and Society. Cambridge: Cambridge University Press.
* Bachelard, G (1984). The Nen Scientific Spirit, tr. Arthur Goldhammer. Boston: Beacon Press (originally published 1934).
* Badinter. E (1981). The Myth of Motherhood, tr. R DeGans. London: Souvenir Press.
* Baritz. L. (1960). The Servants of Power. A History of the Use of Social Science in American Industry. Middletown. CT: Wesleyan University Press.
* Barnes. B. (1974). Scientific Knowledge and Sociological Theory. London: Routledge and Kegan Paul.
* Benveniste. E. (1971). Problems in General Linguistics. Miami: University of Miami Press.
* Burman, E., and Parker, I., eds. (1994). Discourse Analytic Research. London: outledge.

* Boring. E. (1929). A History of Experimental Psychology. London: Century.
* Boundas, C. (1994). Deleuze: Serialization and subject formation. In C. V. Boundas and D. Olkowski. eds., Gilíes Deleuze and the Theater of Philosophy (pp. 99-118). New York: Routledge.
* Burman, E. (1994). Deconstructing Developmental Psychology. London: Routledge.
* Callon. M. (1986). Some elements of a sociology of translation. In J. Law. ed., Power, Action and Belief (pp. 196-229). London: Routledge and Kegan Paul.
* Callon, M., and Latour, B. (1981). Unscrewing the big Leviathan: How actors macro-structure reality and how sociologists help them to do so.
* Canguilhem. G. (1968). Eludes d'histoire el de philosophie des sciences. Paris: Vrin. (1977). Ideologie et rationalité. Paris: Vrin. (1978). On the Normal and the Pathological. Dordrecht: Reidel.
* Castel, R, (1991). From dangerousness to risk. In G. Burchell, C. Gordon, and P. Miller, eds., The Foucault Effect: Studies in Governmentality (pp. 281-98). Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf.
* Cohen. S., and Scull. A., eds. (1983). Social Control and the State. Oxford: Blackwell.
* Danziger. K. (1988). A question of identity. In J. Morawski. ed.. The Rise of Experimentation in American Psychology (pp. 35-52). New Haven: Yale University Press.
- (1990). Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research. Cambridge: Cambridge University Press.
* Elias, N. (1978). The Civilizing Process. Vol. 1: The History of Manners, tr. Edmund Jephcott. Oxford: Blackwell.
- (1983). The Court Society, tr. E. Jephcott. Oxford: Blackwell. Eräsaari, L.
- (1991). Bureaucratic Space. In J. Lehto, ed.. Deprivation, Social Welfare and Expertise (pp. 167-79). Helsinki: National Agency for Welfare and Health.
* Ewen. S. (1976). Captains of Consciousness. New York: Basic Books.
- (1988). All Consuming Images: The Politics of Style in Contemporary Culture. New York: Basic Books.
* Foucault. M. (1967). Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason. London: Tavistock.
- (1969). Qu'est-ce qu'un auteur? Bulletin de la Sociéte Francaise de Philosophie, 63. Translated as What Is an Author? in P. Rabinow. ed. 1984. The Foucault Reader (pp. 101-20). Harmondsworth: Penguin.
- (1970). The Order of Things. London: Tavistock.
- (1972a). The Archaeology of Knowledge. London: Tavistock. (1972b). Orders of Discourse. Social Science Information. 10. 7-30.
- (1973). Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception. London: Tavistock.
- (1977). Discipline and Punish: The Birth of the Prison. London: Allen Lane. ed.
- (1978a). I , Pierre Riviere, Having Slaughtered My Mother, My Sister and My Brother.. Harmondsworth: Penguin.
- (1978b). Politics and the study of discourse. Ideology and Consciousness, 3, 7-26.
- (1979a). On governmentality. I & C, 6, 5-21.
- (1979b). The History of Sexuality. Vol. 1: An Introduction. London: Allen Lane.
- (1981). Omnes et singulatim: Towards a criticism of "political reason." In S. McMurrin, ed.. The Tanner Lectures on Human Values II (pp. 225-54). Salt Lake City: University of Utah Press.

- (1982). The subject and power. Afterword to H. Dreyfus and P. Rabinow, eds., Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics (pp. 208-27). Chicago: University of Chicago Press.
- (1985). The Use of Pleasure. London: Penguin Viking.
- (1986a). On the genealogy of ethics: An overview of work in progress. In P. Rabinow, ed.. The Foucault Reader (pp. 340-72). Harmondsworth: Penguin.
- (1986b). The History of Sexuality. Vol. 3: The Care of the Self. tr. R. Hurley New York: Pantheon.
- (1986c). "What is Enlightenment?" Economy and Society, 15, 1, 88-96.
- (1986d). Space, Knowledge and Power. In P. Rabinow, ed., The Foucault Reader (pp. 239-56). Harmondsworth: Penguin.
- (1988). Technologies of the self. In L. H. Martin, H. Gutman, and P. H. Hutton, eds., Technologies of the Self (pp. 16-49). London: Tavistock.
- (1991). Governmentality In G. Burchell. C. Gordon, and P. Miller, eds. The Foucault Effect: Studies in Governmental Rationality (pp. 87-104). Hemel Hemp-stead: Harvester Wheatsheaf.
* Gergen. K. J. (1985a). The social constructionist movement in modern psychology. American Psychologist, 40. 266-75.
- (1985b). Social psychology and the phoenix of unreality. In S. Koch and D. Leary, eds.. A Centurv of Psychology as a Science (pp. 528-57). New York: McGraw-Hill.
- (1985c). Social constructionist inquiry: Context and implications. In K. J. Gergen and K. E. Davis, eds., The Social Construction of the Person (pp. 3-18). New York: Springer Verlag.
* Gergen. K. J., and Davis. K. E., eds. (1985). The Social Construction of the Person. New York: Springer Verlag.
* Gigerenzer, G. (1991). From tools to theories: A heuristic of discovery in cognitive psychology. Psychological Review, 98, 254-67.
* Gordon, C. (1980). Afterword. In C. Gordon, ed.. Michel Foucault: Power I Knowledge (pp. 229-59). Brighton: Harvester.
- (1986). Question, ethos, event: Foucault on Kant and enlightenment. Economy and Society, 15,71-87.
- (1987). The soul of the citizen: Max Weber and Michel Foucault on rationality and government. In S. Lash and S. Whimster, eds.. Max Weber, rationality and modernity (pp. 293-316). London: Allen and Unwin.
- (1991). Governmental rationality: An introduction. In G. Burchell. C. Gordon. and P. Miller, eds.. The Foucault Effect: Studies in Governmental Rationality (pp. 1-51). Hemel Hempstead: Harvester.
* Gordon, L. (1989). Heroes of Their Own Lives: The Politics and History of Family Violence. London: Virago.
* Hacking. I. (1981). How should we do the history of statistics? I & C, 8. 15-26. (1986).Making up people. In T. C. Heller. M. Sosna. and D. E. Wellberg. eds., Reconstructing Individualism (pp. 222-36). Stanford. CA: Stanford University Press.
- (1990). The Taming of Chance. Cambridge: Cambridge University Press. Hadot, P.
- (1992). Reflections on the notion of 'the cultivation of the self. In T. J. Armstrong, ed., Michel Foucault. Philosopher (pp. 225-32). Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf.
* Harré, R. (1983). Personal Being. Oxford: Blackwell.
- (1985). The language game of self ascription: A note. In K. J. Gergen and K. E. Davis, eds., The Social Construction of the Person (pp. 259-64). New York: Springer Verlag.

- (1989). Language games and texts of identity In J. Shotter and K. Gergen, eds.. Texts of Identity (pp. 20-35). London: Sage.
* Lasch, C. (1979). The Culture of Narcissism. New York: Norton.
- (1984). The Minimal Self: Psychic Survival in Troubled Times. New York: Norton. Lash, S., and Friedman, J., eds.
- (1992). Modernity and Identity. Oxford: Blackwell. Lash, S., Heelas, P., and Morris, P., eds.
- (1995). De-Traditionalization: Authority and Self in an Age of Cultural Uncertainty. Oxford: Blackwell.
* Latour, B. (1984). Les microbes, guerre et paix. Paris: Metailie. Translated as The Pasteurisation of French Society by A. Sheridan and J. Law. Cambridge. MA: Harvard University Press.
- (1986a). The powers of association. In J. Law. ed.. Power, Action and Belief (pp. 264-80). London: Routledge and Kegan Paul.
- (1986b). Visualization and cognition: Thinking with eyes and hands. Knowledge and Society: Studies in the Sociology of Culture Past and Present, 6. 1-40.
- (1988). Science in Action. Milton Keynes: Open University Press.
* Lynch, M. (1985). Discipline and the material form of images: An analysis of scientific visibility Social Studies of Science, 15. 37-66.
* MacDonagh, 0. (1958). The nineteenth century revolution in government: A reappraisal. Historical Journal, 1. 1, 52-67.
- (1977). Early Victorian Government. 1830-1870. London: Weidenfeld and Nicholson.
* MacKenzie, D. (1981). Statistics in Britain, 1865-1930: The Social Construction of Scientific Knowledge. Edinburgh: Edinburgh University Press.
* MacLeod, R. (1988). Government and Expertise: Specialists, Administrators and Professionals, 1860-1919. Cambridge: Cambridge University Press.
* Miller. P., and Rose. N., eds. (1986). The Power of Psychiatry. Cambridge: Polity.
- (1988). The Tavistock programme: Governing subjectivity and social life. Sociology, 2.171-92.
- (1989). Poliittiset rationalisaatiot ja hallintekmikat. Polittiikka, 1989, 3, 145-58. Translated as Political rationalities and technologies of government. In S. Hanninen and K. Palonen. eds.. Texts, Contexts, Concepts (pp. 171-83). Helsinki: Finnish Political Science Association.
- (1990). Governing economic life. Economy and Society, 19, 1, 1-31.
- (1994). On therapeutic authority. History of the Human Sciences, 7, 3. 29-64.
- (1995). Production, identity and democracy. Theory and Society, 24, 427-67.
- (1996). Mobilising the consumer: Assembling the subject of consumption. Theory, Culture and Society. (forthcoming). In Search of Human Relations: A Social and Intellectual History of the Tavistock Clinic and the Tavistock Institute of Human Relations. London: Routledge.
* Morawski, J. G.. ed. (1988a). The Rise of Experimentation in American Psychology. New Haven: Yale University Press.
- (1988b). Impossible experiments and practical constructions. In J. G. Morawski. ed. The Rise of Experimentation in American Psychology (pp. 72-93). New Haven: Yale university Press.
* Parker. I.. and Shotter, J., eds. (1990). Deconstructing Social Psychology. London: Routledge.
* Potter. J.. and Wetherell. M. (1984). Discourse and Social Psychology. London: Routledge.
* Rieff, P. (1959). Freud: The Mind of the Moralist. London: Gollancz.
- (1966). The Triumph of the Therapeutic: Uses of Faith after Freud. Chicago: University of Chicago Press.

- (1987). The Triumph of the Therapeutic: Uses of Faith after Freud, with a new preface by Philip Rieff. Chicago: University of Chicago Press.
* Riley, D. (1983). War in the Nursery: Theories of the Child and the Mother. London:
* Rose, N. (1979). The psychological complex: Mental measurement and social administration. Ideology and Consciousness. 5, 5-68.
- (1984). The administration of children. Unpublished paper delivered to the British Psychological Society (Developmental Psychology Section), Annual Conference, September.
- (1985a). The Psychological Complex: Psychology, Politics and Society in England, 1869-1939. London: Routledge and Kegan Paul.
- (1985b). Michel Foucault and the study of psychology Psychcritique, 1, 133-7.
- (1986a). Psychiatry: The discipline of mental health. In P. Miller and N. Rose. eds.. The Power of Psychiatry (pp. 43-84). Cambridge: Polity.
- (1987). Beyond the public/private division: Law, power and the family. Journal of Law and Society, 14, 1. 61-76.
- (1988). Calculable minds and manageable individuals. History of the Human Sciences. 1.179-200.
- (1989a). Social psychology as a science of democracy In Proceedings of 8 th Cheiron-Europe Conference. Goteborg: Cheiron.
- (1989b). Psychology as a 'social' science. In I. Parker and J. Shotter. Deconstructing Social Psychology (pp. 103-16). London: Routledge.
- (1990). Governing the Soul: The Shaping of the Private Self. London: Routledge.
- (1991). Governing by numbers: Figuring out democracy. Accounting, Organisations and Society, 16, 7, 673-92.
- (1992a). Governing the enterprising self. In P. Heelas and P. Morris, eds.. The Values of the Enterprise Culture: The Moral Debate (pp. 141-64). London: Routledge.
- (1992b). Engineering the human soul: Analysing psychological expertise. Science in Context, 5, 2, 351-69.
- (1993). Towards a Critical Sociology of Freedom. Inaugural Lecture delivered on 5 May 1992 at Goldsmiths' College. University of London. Goldsmiths' College Occasional Paper. London.
- (1994a). Government, authority and expertise under advanced liberalism. Economy and Society, 22. 3, 273-99 .
- (1994b). Expertise and the government of conduct. Studies in Law, Politics and Society, 14, 359-97.
- (1995a). Authority and the genealogy of subjectivity. In S. Lash. P. Heelas, and P. Morris, eds.. De-Traditionalisation: Authority and Self in an Age of Cultural Change. Oxford: Blackwell.
- (1995b). Identity, genealogy, history. In S. Hall and P. du Gay, eds., Questions of Cultural Identity. London: Sage.
* Rose. N. and Miller. P. (1989). Rethinking the state: Governing economic, social and personal life. Unpublished manuscript.
- (1992). Political power beyond the state: Problematics of government. British Journal of Sociology. 43,2. 172-205.
* Sampson. E. (1989). The deconstruction of the self. In J. Shoner and K. Gergen. eds. Texts of Identity (pp. 1-19). London: Sage.
* Sennett, R. (1977). The Fall of Public Man. London: Faber.
* Sherif, M. (1936). The Psychology of Soda! Norms. New York: Octagon.
* Sherif. M.. and Sherif, C. W. (1953). Groups in Harmony and Tension. New York: Harper.

* Showalter, E. (1987). A Female Malady: Women. Madness and English Culture. 1830-1980. London: Virago.
* Smith. R. (1981). Trial by Medicine: Insanity and Responsibility in Victorian Trials. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- (1988). Does the history of psychology have a subject? History of the Human Sciences, 1, 2, 147-77.
- (1992). Inhibition: History and Meaning in the Sciences of Mind and Brain. Berkeley: University of California Press.
* Ussher. J. (1991). Women's Madness. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf.
* Woodward. W. and Ash, M., eds. (1982). The Problematic Science: Psychology in Nineteenth Century Thought. New York: Praeger.
* Young. R. M. (1966). Scholarship and the history of the behavioural sciences. History of Science, 5, 1-51.

_____